



## Reminiscencias de un lujurioso

José Gabriel Chamorro Vivas

Estudiante Programa de Derecho X Semestre

Envuelto de miel y con olor a éxtasis desperté en mil y una noches,  
en cada lecho consumado le he fallado a mi amada estrella Antares,  
infiel en la oscuridad y promiscuo en la soledad.

La he buscado en infinitos rostros y los rastros de su luz aún son invisibles  
como un lobo despiadado buscando compañía en luna llena,  
desgarrando la piel y saboreando la carne.

Un deseo inminente y encontrado por su ausencia.

No he podido aun desvanecerme como la vela en el fuego con ningún cuerpo,  
pero como metal fundido en su piel se lleva mis besos al amanecer.

Un eterno retorno a lo mismo ha trasmutado esta clandestina y nocturna rutina  
vagabundo vagando en montañas figuradas de pechos y curvas similares a sus caderas, viajero  
contemplando en cada lugareña el placer y el pecado de una manera ciega y profunda en las  
penumbras lujuriosas de mi sed.

En la desnudez de templos paganos pude admirar la belleza  
y me he lanzado con caricias mudas y besos desquiciados  
ungüendome en la canela de paraísos desconocidos  
lamiendo el perfume que se transpira y se desliza por las curvas.

Arrodillándome entre varias piernas me he dirigido a los abismos húmedos de un sosiego orgasmo.  
Mi sacramento fue en algunas camas, bautizándome en turbias y mansas aguas.

Después de volver de aquella promiscua dimensión,  
descansaba en las frías costas lejanas del olvido  
y de vuelta estaba en el puerto solitario de mis sombras,  
desnudo desencarnaba cada huella y cada mancha,  
no podía llevarme nada, ni siquiera un nombre.

Cuando al fin reposando templado  
recuerdo que para recordarme tenía que verme al espejo con un brandy  
y una copa suave calmaba la herida,  
una melodía bohemia arrullaba el alma  
y un veneno fuerte envuelto en vino hacía que duela y se olvide la llaga en mi memoria.  
Sin embargo cuando la alucinación del elixir amarillo fallecía,  
mi alma abandonaba los lechos tibios y los nidos de las golondrinas,  
y sobrio sentía que se expandía como plaga en mis pensamientos  
aquella cicatriz causada por el eco desaparecido de mi amada.

Dentro del laberinto no deseo encontrar la salida,  
doy el beso a la siguiente damisela y sigo el camino al ritmo de su pulso,  
llego a la sima de su cuello y me deslizo por sus pechos,  
bajando a sus caderas se inhibe la razón,  
cruzando sus aguas la vista se pierde, extasiada mira el éter,  
y la única ruta de vuelta que encuentro son sus piernas,

tiempo y hurgo sus cabellos en cuerdas de una guitarra,  
nafragando y flotando en sus deseos escucho como  
el acorde de su voz vibra en una melodía complacida.

Vuelvo al espejo a recordar  
y recuerdo, que hace poco más de mucho tiempo  
yo llevaba mis cenizas a las montañas  
célibe y casto había descendido a los valles sin sangre y sin corazón,  
había prestado mis ojos al viento y ciego pude ver que mi  
amada era sorda y que separados por el tiempo y el espacio  
olvidamos vernos y hablarnos.

¿Cómo es ella?, me decía una voz eterna cada día.  
sin verla jamás, un sueño me habló de ella, y la conocí  
plenamente, la seguí hasta un mundo paralelo y  
las noches fueron nuestro encuentro.

Entonces supe que existía y que estaba en todas partes,  
hicimos compromisos y bailes, danzábamos poesía y  
escribíamos melodías, imaginamos el sexo y deseábamos un beso,  
y al despertar seguía viéndola, soñándola y deseándola.  
Sin tenerla y sin encontrarla esperé su llegada y mi rescate,  
a pesar de haberme desterrado del corazón, cuando imagino su infinita  
esencia en un insignificante e inmortal pensamiento, se consumen  
mis deseos y se perdonan mis pecados,  
Porque siento que bajo tierra y frío como el hielo aun late por ella, y en sus manos pende darle la última puñalada.

Sigo viendo el espejo, y en sus ojos recuerdo que así inicio mi placer,  
mi sed insaciable de no verla se derrama en la luz blanca de cada noche  
con un derroche de compañía ajena.